

dero y sitio en el que se evacua el canallesco mundo"—, donde se abandona al placer de la muerte que desea y espera a diario, sentado en el patio en la silla de fusilar. Desde ella, Goltrán, a pesar de que "una nube de amnesia le bloquea el hipotálamo", recuerda un mundo en el que "nació plebe y basura sólo apta para el desprecio y la explotación". Como "oligoenfermo", sus obsesiones son múltiples: sexo, justicia, amor —en la persona de una monja—, y otra no menor y fácil de determinar, cultura, con la que intenta remontar el vuelo y liberarse, "porque un hombre con cultura jamás podrá ser esclavo".

Pido la muerte al Rey tiene en *El nido del cuco* un gran antecedente, con mujeres castradoras, como la monja Matilde, sor Hiena, vieja urraca que azota a los presos y busca desarmarlos genitualmente; mas tiene también, y a diferencia de ella, mujeres que no retroceden ante "el maromo perforador de eucarísticas vaginas" y se dejan estrechar por los pacientes, como la hermana madre Cándida, hermoso ejemplo de virtud, capaz de sacrificar sus convicciones con tal de que el loco Zaldivar cure. Y hay médicos,

como Peralta, que creen en él, aunque luego no envíe sus cartas al Rey como le pide. La confrontación, sin embargo, con el mundo no nace de su mente, como en la novela de Kesey, sino de sus circunstancias ambientales. No hay tampoco en esta novela triunfo de Eros sobre Tanatos y la muerte predomina absolutamente. La muerte, en consecuencia, de Goltrán, deseada por él mismo, no significa liberación personal o comunal, como la de McMurphy, a pesar de que en alguna ocasión diga que le gustaría raptar a su monja en un caballo como un piel roja, posiblemente porque nuestra salvación para Goltrán es imposible.

Como católico, monárquico y español, Goltrán Zaldivar escribe una carta al Rey Juan Carlos de Borbón y Borbón, Su Majestad extraterrestre que viaja en OVNI y con el que a menudo se comunica por ondas hertzianas, en la que le pide su muerte de forma anónima, "porque el anonimato sin firma tiene cárcel y a veces horca" y él desea morir fusilado como soldado.

Pido la muerte al Rey es una novela naturalista, de la mejor tradición esperpéntica, en ocasiones: escrita por un pensador

naturalista, que no lo es tanto a la hora de hacer arte, ya que está organizada como una composición musical, cambios de presente al pasado y escenas coordinadas, más que recordadas, siguiendo los dictámenes de una mente caótica, la de un loco, que dice ser verbal —y lo es— a base de fragmentos cortos, unidades de secuencia y sucesos sin orden cronológico, con los que Goltrán vuelve sobre sus pasos hasta completar su historia.

Es novela en la que el flujo de la conciencia no es importante, a pesar de que Goltrán goce de una mente diabólica, porque sus pensamientos y recuerdos no tienen apenas conexión. Ha decidido suicidarse y ni por un momento traicionará su decisión; no obstante, nos irá envolviendo con su lenguaje inconexo —a mi modo de ver, la gran aportación o novedad de esta novela, como de toda novela que se precie— y que fluye de él con naturalidad hasta convertirle, dentro de la fea realidad en que se mueve, en un personaje de gran comicidad y altura humana. ■ M. VILLAR RASO.

Divorcio e Iglesia (1)

ME atrevería a decir que este es el libro más objetivo y documentado —a pesar de su extensión media— que se ha publicado dentro de las filas católicas acerca del batallón tema del divorcio.

Leerlo reconforta en medio del polémico ambiente en que este asunto se desenvuelve en terrenos católicos-romanos. Es cierto que cada vez se van abriendo más los creyentes a posturas comprensivas, desarrollando nuevas hipótesis que se acercan más a la actitud benigna de Jesús con los que tienen problemas. Y unos tiran por la calle de en medio inventando teorías que justificarían el divorcio para los católicos en el futuro de la propia Iglesia, y otros —más tímidos— miran con ojos tolerantes los dramáticos casos que proliferan en el mundo actual, buscando una solución de mal menor, como hicieron durante siglos los católicos de Oriente.

Pero nadie había hecho un balance exhaustivo de autores, ideas y posturas como lo ha he-

cho Matabosch. El gran valor del libro es su "apartidismo" de escuela, grupo o actitud, si bien la conclusión va, de modo obvio, aunque no buscado directamente, en la línea abierta, porque la lógica de hechos y de las ideas conduce a ella. Esta postura se desprende espontáneamente, a pesar de no ocultar ningún elemento histórico o doctrinal desfavorable a la misma.

Precisamente este correr a través de las opiniones y las situaciones hecho con tanta objetividad es lo que hace más valiosa la conclusión que fluye de sus páginas a la vista de todo lector imparcial.

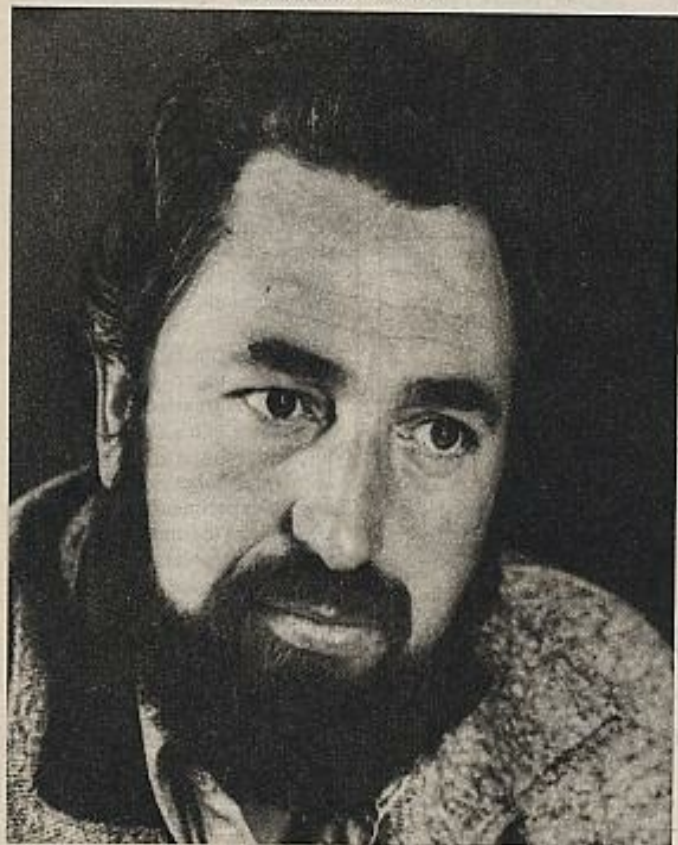
Ahora, que todavía se discute entre católicos la oportunidad de admitir el divorcio civil en España, y cuando parece que una gran parte del país tiene sus reticencias a abrir la mano en esta cuestión y en otras muchas, es preciso meditar aquellas obras serenas como ésta, para no dejarse llevar por posturas reaccionales ni en un sentido ni en otro.

Quizá lo que más sorprenda a algunos después de leer este libro es la falta de base histórico-doctrinal que tiene la teoría, esgrime tan tenazmente por los seguidores del Opus Dei, de que la indisolubilidad matrimonial es de derecho natural, y en la cual basan todos sus ataques a la posibilidad de legislar un divorcio civil para los ciudadanos que estén en determinadas situaciones irreversibles y lo soliciten así.

Empezando por San Agustín, pasando en el siglo XVI por el gran pensador Francisco Suárez, S. J., y llegando a casi todos los modernos, han pensado estos católicos que no podía ser de derecho natural, lo que nunca ha podido conocerse claramente con la sola razón humana, como ha pasado en todas las civilizaciones conocidas que —por supuesto— han admitido siempre el divorcio como último recurso a los conflictos insolubles de la pareja humana. Y si la base no exige esa indisolubilidad absoluta, lo sobrenatural —que se apoya en esta base— tampoco parece que pueda exigirla indubitadamente, ya que su fundamento natural es precario.

Cuando uno lee libros como el reseñado se saca una consecuencia: ¡qué poco se piensa en España y —sobre todo— en los ámbitos católicos! Nos dejemos llevar

Ramón Hernández.



(1) Antonio Matabosch: *Divorcio e Iglesia*. Ed. Marova. Madrid, 1979.

por la ignorancia, el "slogan" repetido sin crítica alguna, o el apasionamiento, y no sabemos usar de nuestra propia razón, somos robots de lo que nos dicen los que influyen en nosotros y no tenemos la valentía de pensar por nosotros mismos. ■ E. MIRET MAGDALENA.

REVISTAS

"El Mago": el otro retorno de los brujos

AQUI tenemos el número uno de otra aventura editorial que tiene arrestos y empeños de nacer. En estos tiempos terribles de penuria y de superabundancia (paradojas de nuestra sociedad), especialmente en el terreno de la prensa y el revisteril, cuando los quioscos callejeros están tan repletos de material que apenas se (mal)vende, he aquí un grupo de esforzados y entusiastas amigos que se lanzan a la calle con "El Mago" (1), publicación de periodicidad indefinida, pero que pretende llegar a ser, con el tiempo, de carácter mensual.

Es evidente que hoy día los temas acerca de la magia, el esoterismo, el apocalipsis y los poderes mentales atraen a multitud de personas, desengañadas o desencantadas de la visión realista, material, de los acontecimientos. Es también obvio que, al amparo de influencias orientalistas, de las filosofías espirituales, del rechazo de modo-de-vida-accidental se están propalando ideas y visiones que, de alguna forma, conectan asimismo con las posiciones irracionales de teorías ancestrales. De esta contraposición maniquea entre lo físico y lo especulativo solamente se pueden esperar buenos resultados si, precisamente, se propone una superación de dogmas y de los principios inmutables, para buscar una fecunda síntesis que, a su vez, abra nuevas puertas de pensamiento, en vez de bloquearlas. "El retorno de los brujos", del que ha hablado acertadamente Juan Cueto, se convertiría así en una positiva (re)vuelta de cara a nuestros modos de pensar y de sentir, quizá demasiado atrofiados o insuficiente-

(1) Número 1. Invierno 1980. 60 páginas. 125 pesetas.



Los Secretos del Arca Mágica
La cara del ensueño
John Reinboorn

mente explorados en la civilización del consumo.

Revistas como "El Mago" contribuyen, en alguna manera —quiero pensar—, a destruir tópicos y sacudir barreras en estas cuestiones. También hay que pedirle a ella, y a sus creadores y responsables, que no se cierren ante la aportación de puntos de vista respetuosos con sus creencias, pero que difieran en muchos momentos de los mismos. Si la publicación, en su primera entrega oficial, tiene un tono entre evocativo, sanamente amateur y ligeramente ensimismado; si, precisamente, se le aprecia un largo trecho por recorrer, lo más que se podría pedir es que ese camino sea realizado con rigor, precisión y, sobre todo, icono-

clastia que nada tenga que ver con el dogmatismo. ■ ALVARO FEITO.

TEATRO

"Del laberinto al 30"

CADA paso a su tiempo y con su porqué. Al margen, incluso, de los juicios que cada resultado concreto haya merecido. Primero fue "¡Viva el duque que es mi dueño!", en la que, a cuenta de la historia de una compañía de comediantes, Alonso de Santos —que, hasta hace poco, firmaba José Luis Alonso, con las inevitables confusiones que la coincidencia de nombre con el de otro director producían— y su grupo, Teatro Libre, se pronunciaban contra la realidad plástica de su época. Luego vino "El horroroso crimen de Peñaranda del Campo", un excelente montaje de la obra de Pío Baroja. Sin perder la línea crítica, el grupo apelaba, como tantos teatros independientes españoles, a un texto y un autor importantes, dentro de la necesidad general de abandonar una poética de urgencia y de progresar en el desarrollo del lenguaje escénico. Ahora, en 1980, cuando tantas cosas del ayer inmediato saben a retórica, a transcendencia inoportuna, a sermón no solicitado, era lógico que Alonso de Santos y el Teatro Libre se interrogaran por las posibles formas de un espectáculo

de hoy. Un espectáculo que quizá pudiera definirse como "contracultural" y "antiteatral" si nos apoyamos en los criterios dominantes de cultura y de teatro, pero que tiene, precisamente en el rechazo de los mismos, su razón de ser y su aventura. "Del laberinto al 30" aspira a ser el espejo deformante de unos determinados detritus socioculturales. Frases, situaciones, gestos, colores, muebles, personajes, salen de los "comics", de las películas en serie, de los anuncios televisivos, del neon, de las luces psicodélicas, del conjunto de signos que alimentan la vida de millones de ciudadanos contemporáneos. Pienso yo que el intento de Alonso de Santos y del Teatro Libre ha consistido en asumir ese lenguaje para conseguir un doble efecto: de un lado, mostrarlo como señas de identidad de la época; del otro, su vacío, su puerilidad, y, también, cuanto hay en él de cruel. Pero todo ello sin explicitarlo en ningún mensaje, en ningún contenido claramente crítico y gratificante, sino dejando al espectador ante las imágenes absurdas y familiares, irritantes o divertidas, pero limitadas a sí mismas. De ahí cuanto tiene el espectáculo de desconcertante, de vacío y, a su vez, de testimonio. O, si se quiere, de "laberinto". ¿Cómo se sale? El mundo aparece como una gran coña, llena de gestos, de trajes de plástico, de chicles y de vendedores de armas. Están también —¡ese doctor que se empeña en ser lógico!— los que no quieren aceptar un absurdo del que forman, honorablemente, parte. Y están también los que, entre la risa y el miedo, se preguntan, como Alonso de Santos, por cómo vivir en medio de tanta estupidez agresiva.

Por enfermedad de un actor, el propio autor trabaja en la obra, El, Margarita Piñeiro y Paco Mestre, dirigidos por Angel Barreda, conforman un espectáculo que sobrepasa los márgenes de experimentación del teatro español de nuestros días. El resultado es polémico, sobre todo porque se levanta sobre la permanente destrucción de lo que solemos entender por teatro. En este sentido, la propuesta es de una honestidad impecable, aunque, a mi modo de ver, al resultado le falte, sin renunciar a su deshumanización, mucho del terror y el acobarde que persigue. ■ JOSE MONLEON.

Dibujo de Alberto Sánchez para el cartel de la obra de J. J. Alonso de Santos.

